

Título: De la “macro sana” al “populismo”. Contradicciones del modo de acumulación durante los gobiernos kirchneristas

Autor: Andrés Wainer (FLACSO/CONICET). E-mail: andres.wainer@gmail.com

Introducción

La economía argentina atravesó diferentes etapas durante los tres gobiernos kirchneristas (2003-2015). Desde distintos ámbitos (políticos y académicos), muchos analistas han calificado como “etapa rosa” o “dorada” a la presidencia de Néstor Kirchner por sus resultados macroeconómicos. En este relato, durante la primera presidencia de Cristina Fernández de Kirchner, o más específicamente a partir del conflicto entre el gobierno y las corporaciones representativas del sector agropecuario, el gobierno habría priorizado, atendiendo a sus objetivos políticos, las políticas redistribucionistas en detrimento de los equilibrios macroeconómicos.

En la siguiente ponencia se procura demostrar que no se trató de un simple cambio de “modelo” en abstracto (el abandono de una “macro sana” a favor de un redistribucionismo populista) sino que fue un tipo de respuesta específica a la manifestación de contradicciones propias del modo de acumulación adoptado desde la salida de la Convertibilidad. En este sentido, el eje está puesto en los límites que enfrentó un proyecto que se propuso moderadamente redistribucionista ante la ausencia de un cambio estructural que trastocase las bases del modo de acumulación predominante.

De las “tasas chinas” a la restricción externa

Tras el abandono de la Convertibilidad en 2002 en la Argentina se inició un período de holgura externa que estuvo asociado a una evolución favorable de los términos de intercambio, una inicial y pronunciada contracción de las importaciones, un incremento cuantitativo de las exportaciones y la reestructuración de una parte de la deuda pública. Esta situación fue una condición necesaria -aunque no suficiente- para que la economía doméstica tuviera un exitoso desempeño entre 2003 y 2008: el PBI creció a una tasa anual acumulativa del 8,4% (con un rol protagónico de las actividades industriales), se logró un abultado superávit comercial, las cuentas fiscales fueron excedentarias, la

deuda pública pasó del 137% al 45% y la inflación (precios al consumidor) se mantuvo en umbrales inferiores al 10% anual (hasta 2006) (INDEC).

En definitiva, se logró por vías no ortodoxas buena parte de aquello que reclamaba la ortodoxia económica: crecimiento económico con superávit fiscal, baja inflación y acumulación de reservas internacionales. En síntesis, lo que se conoce como una “macro sana”.

Sin embargo, ello no implica que los resultados de las políticas adoptadas hayan tenido un efecto neutro sobre las distintas fracciones sociales. Mientras que las medidas adoptadas por el gobierno de Duhalde tras el abandono de la convertibilidad elevaron la ya elevada tasa de desocupación (que alcanzó niveles superiores al 20% de la población económicamente activa) y produjeron una contracción del salario real del orden del 30% (Cantamutto y Wainer, 2013), entre 2003 y 2008 el desempleo se redujo en 9,4 puntos porcentuales (del 17,3% al 7,9%) en tanto el salario promedio se incrementó un 17% (aunque con fuertes disparidades entre trabajadores del sector público y privado, registrados y no registrados) (INDEC y CIFRA).

Dentro de la clase capitalista local los principales beneficiados en dicha etapa fueron, en primer lugar, los grandes exportadores y, en segundo término, el capital productivo y comercial orientado al mercado interno. Entre los primeros, además de los que ya se habían consolidado durante la década de 1990 -como los principales productores y comercializadores de soja y sus derivados y algunas grandes empresas del sector agroindustrial, petrolero, químico y automotriz (Azpiazu y Schorr, 2010; Schorr, 2004)-, se sumaron firmas provenientes de sectores como el minero, cuyas inversiones maduraron y se expandieron en los primeros años del nuevo siglo (Basualdo, Barrera y Basualdo, 2013). Por otro lado, la devaluación, que actuó como virtual protección cambiaria, junto a la reactivación del mercado interno, terminaron generando beneficios para las fracciones menos competitivas de la burguesía local (Cantamutto y Wainer, 2013; Varesi, 2011; Wainer, 2013).

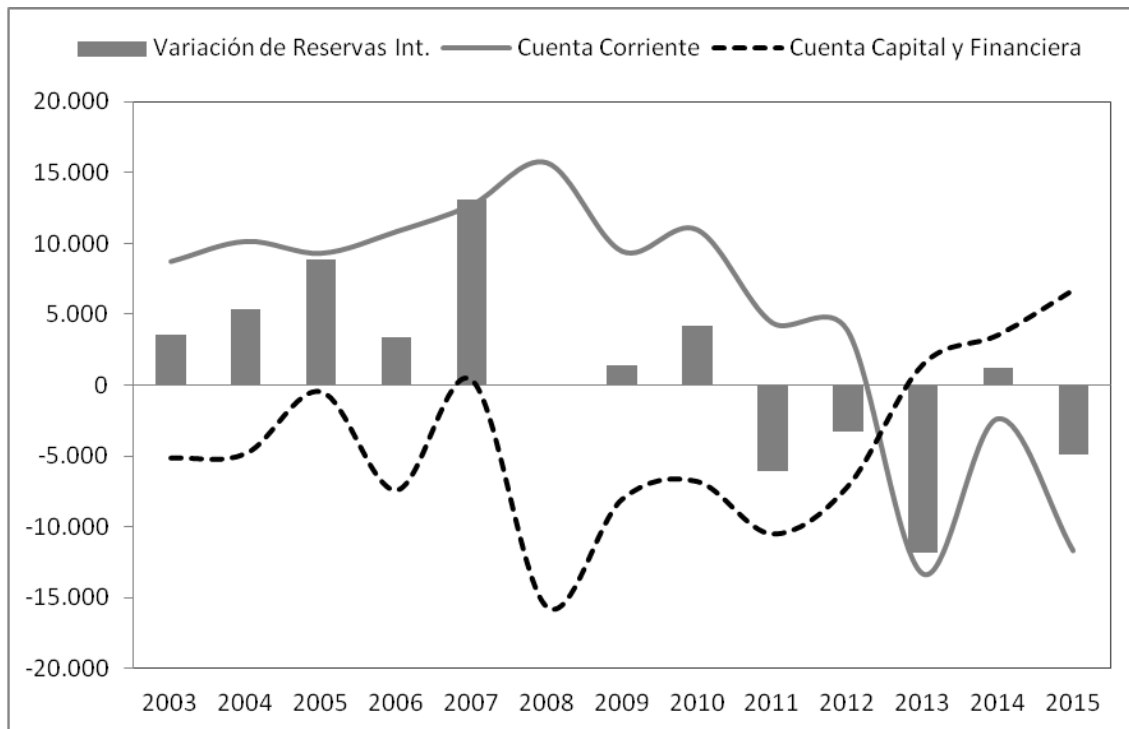
De esta manera, el abandono de la Convertibilidad implicó una alteración en la correlación de fuerzas al interior del bloque de poder, emergiendo una incipiente hegemonía del gran capital productivo que desplazó temporalmente al capital financiero y las empresas de servicios públicos privatizadas, los grandes ganadores de la década de 1990. La situación económica imperante tras el *default* de la deuda pública y la

devaluación en 2002 (amplia capacidad ociosa, precios internacionales crecientes, salarios bajos, moneda devaluada, entre otras) permitió el despliegue de una política económica que garantizara la reproducción ampliada de dicha fracción del gran capital junto al otorgamiento de concesiones materiales tanto a las fracciones más débiles del capital local como a los sectores populares¹.

Esta situación comenzó a mostrar sus primeros inconvenientes hacia 2007/8, los cuales comenzaron a hacerse más evidentes tras el conflicto del gobierno con las patronales agropecuarias frente al intento de imponer retenciones móviles (Basualdo, 2011; Giarraca y Teubal, 2011) y ante el cambio del contexto externo internacional a partir de la emergencia de la crisis internacional (Arceo, 2011). Es en dicho momento cuando comienzan a acelerarse la inflación, la apreciación del peso y la fuga de capitales (Schorr y Wainer, 2014a), en tanto que a partir de 2009 desaparece el superávit fiscal y comienza a reducirse el superávit de cuenta corriente (Gráfico N° 1).

Gráfico N° 1. Evolución de los principales componentes del balance cambiario, 2003-2015 (en millones de dólares corrientes)

¹ Desde ya que en la consolidación de una nueva hegemonía intervienen diversos factores que no tienen que ver directamente con concesiones económicas. En este sentido, si bien no hay espacio para tratarlos aquí, los gobiernos kirchneristas adoptaron un conjunto de políticas que favorecieron la creación de consenso como la política de reparación histórica derechos humanos, la reestructuración de la Corte Suprema de Justicia, el otorgamiento de nuevos derechos civiles a las minorías sexuales, la democratización del fútbol, el intento de desmonopolización de los medios de comunicación y la creación e impulso a nuevas señales televisivas y radiofónicas, entre otros. A todo ello debe agregarse la capacidad de conducción política de la cabeza del ejecutivo.



Fuente: elaboración propia en base a BCRA

El creciente deterioro de algunas de las principales variables “macro” generó tensiones entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y los representantes de las fracciones superiores de la burguesía. El “modelo” mostraba sus límites en tanto encontraba crecientes dificultades para seguir garantizando altas tasas de ganancia en simultáneo con la mejora constante de las condiciones de vida de la clase trabajadora. En efecto, el incremento de los salarios reales no fue compensado con aumentos de la productividad equivalentes –fueron menores que durante la década de 1990²–, lo cual tendió a reducir las altas tasas de ganancia logradas durante los primeros años de posconvertibilidad (Agostino, 2015; Manzanelli, 2015; Piva, 2015).

A pesar de haberse visto beneficiada con los cambios en los precios relativos derivados de la salida devaluatoria, la burguesía industrial no protagonizó un proceso inversor que generase nuevas actividades dinámicas ni tampoco que permitiera mejorar significativamente la competitividad de la producción existente. En este sentido, no emergió una nueva “burguesía nacional” competitiva como se lo había propuesto inicialmente el gobierno, sino que se trató de la misma burguesía concentrada y

² Mientras que entre 1990 y 1998 la productividad laboral en la industria creció a una tasa anual acumulativa del 8,0%, entre 2003 y 2014 dicho incremento fue del 4,3%, en tanto si se considera solo la primera etapa de la posconvertibilidad (2003-2008), el aumento se reduce al 3,4% anual (INDEC).

extranjerizada, a la cual se le sumaron algunos capitales nacionales vinculados mayormente a actividades no transables reguladas por el Estado y sin posibilidad de competir a nivel internacional (Gaggero, Schorr y Wainer, 2014).

De esta manera, los cambios desplegados en la política económica tras la crisis de la Convertibilidad no modificaron sustancialmente la inserción internacional de la Argentina, basada fundamentalmente en la provisión de productos derivados de recursos naturales y unos pocos *commodities* industriales con escaso valor agregado y/o contenido tecnológico (Belloni y Wainer, 2012; CEPAL, 2012; Fernández Bugna y Porta, 2008; Katz y Bernat, 2013; Schorr, 2013; Wainer, 2011). No sólo no hubo una mejora *cualitativa* de las exportaciones sino que tampoco hubo un avance significativo en la sustitución de importaciones, sobre todo teniendo en cuenta que muchas de las ramas industriales que lideraron el crecimiento, como la automotriz y la electrónica de consumo, registraron un elevadísimo componente importado (Azpiazu y Schorr, 2010; Porcelli y Schorr, 2014; Santarcángelo, 2013; Schorr y Wainer, 2013). Es decir que, a pesar de la mejora relativa del capital productivo y el cambio en la orientación de la política económica, no se hubo un cambio estructural en la economía argentina.

De allí los límites al ciclo de alto crecimiento alcanzado durante el primer lustro kirchnerista, los cuales comenzaron a hacerse evidentes a partir de los años 2008/2009, cuando no sólo se produjeron cambios significativos a nivel mundial a partir de la expansión de la crisis internacional sino que comenzaron a agotarse las condiciones internas que hicieron posible el crecimiento a “tasas chinas” (amplia capacidad ociosa, alto desempleo, salarios bajos, bajos vencimientos de deuda, etc.).

Ello queda en evidencia cuando se analiza lo ocurrido durante la segunda etapa de la posconvertibilidad (2008-2015), en la cual el PBI creció a un menor ritmo (un promedio de 1,5% por año) en un contexto determinado, como se señaló, por la emergencia de la crisis internacional y un paulatino deterioro de los principales indicadores macroeconómicos.

Cabe señalar que el desempeño económico durante esta etapa no fue peor gracias a la utilización de las reservas internacionales acumuladas en los años anteriores. Sin embargo, esta estrategia tenía un límite, el cual quedó en evidencia cuando las reservas perforaron el “piso” de 30.000 millones de dólares a inicios de 2014 (a mediados de 2011 rondaban los 52.000 millones). En ese entonces el gobierno decidió avanzar con

un ajuste parcial de la economía que incluyó la devaluación de la moneda, el aumento de las tasas de interés y una menor emisión monetaria.

Dado que dichas medidas apuntaban directamente contra la base social del gobierno (asalariados y pequeños y medianos empresarios), se procuró acotar sus efectos más negativos promoviendo algunas medidas contrarrestantes. Asimismo se acordó un intercambio de monedas con China (junto con la suscripción de una serie de “convenios estratégicos” en materia de inversiones). La activación de distintos tramos del acuerdo financiero con China, sumado a otros factores como la licitación de nuevas bandas de telefonía móvil, posibilitaron una muy moderada recomposición de las reservas internacionales en poder del Banco Central durante la segunda mitad 2014. Así, el gobierno logró evitar –transitoriamente- un giro más drástico en la economía aunque a costa de profundizar los desajustes económicos. En definitiva, el kirchnerismo logró extender su “tiempo político” un poco más allá de su “tiempo económico”.

Populismo y acumulación de capital

El “modelo de crecimiento con inclusión” impulsado por el kirchnerismo fue posible en tanto el incremento del producto permitió una recomposición de las ganancias y también del empleo y los salarios. Sin embargo, el proceso abierto en 2003 presentaba contradicciones que comenzaron a hacerse visibles cuando las condiciones en las que se desarrolló la acumulación de capital en la posconvertibilidad empezaron a chocar con una mejora continua en los ingresos y en la distribución del ingreso. Ello en la medida en que, a pesar de los importantes cambios desplegados en la política económica a partir del abandono de la Convertibilidad, la estructura productiva argentina continuó siendo desequilibrada y dependiente. En este sentido, a diferencia de los países “desarrollados”, cuya estructura productiva tiende a absorber a una mayor proporción del empleo en sectores de alta productividad relativa -lo cual permite compensar con aumentos de la productividad los incrementos salariales a la vez que amplía el mercado interno-, en una estructura productiva heterogénea y dependiente el sector más “moderno” (competitivo) es más reducido y tiene menores articulaciones con el resto de la economía. Ello implica que el principal mecanismo en este tipo de países –sobre todo en los sectores más “atrasados”- para incrementar la tasa de ganancia sea mayormente a

partir de un aumento en la explotación de la fuerza de trabajo (superexplotación) (Félic y López, 2012; Marini, 2007).

El proceso de acumulación durante la posconvertibilidad fue predominantemente “capital extensivo”, es decir, se basó más en la incorporación y reincorporación de fuerza de trabajo al proceso productivo que en aumentos de la productividad (Piva, 2015). Ello permitió, sobre todo durante el primer lustro, reducir la desigualdad y mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población. Sin embargo, una vez que el desempleo tendió a encontrar su “piso” bajo la modalidad de acumulación de capital desplegada (alrededor del 6/7%), la disminución de la desigualdad pasó a depender mayormente del nivel de ingresos. Ello supuso un problema para el proceso de acumulación de capital en tanto la mejora en los salarios (reales) comenzó a entrar en contradicción con la estrategia capital extensiva dado que, en un escenario de relativamente reducidos aumentos de la productividad, tendió a ejercer presión sobre la tasa de ganancia y/o a impulsar la tasa de inflación.

En la segunda etapa caracterizada (2008-2015) la acumulación de capital (extensiva) fue perdiendo dinamismo: la tasa de inversión, que había superado el 20% del PBI en 2007, comenzó a descender hasta estabilizarse en alrededor del 17% en 2012 (Cuadro N° 1). De allí que la reducción de la desigualdad no solo fuera más lenta -tal como queda reflejado en la evolución del coeficiente de Gini presentada en el Gráfico N° 2-, sino que además la misma pasó a depender en mayor medida de transferencias estatales directas como la Asignación Universal por Hijo (AUH), los diversos planes sociales (Plan Progresar, Argentina Trabaja, Plan Familias, etc.) y las políticas de mantenimiento del empleo, como el programa de recuperación productiva (REPRO).

Cuadro N° 1. Tasas de Consumo público y privado, Exportaciones e Inversión bruta fija sobre PBI a precios corrientes, 2004-2014* (en porcentajes, base 2004)

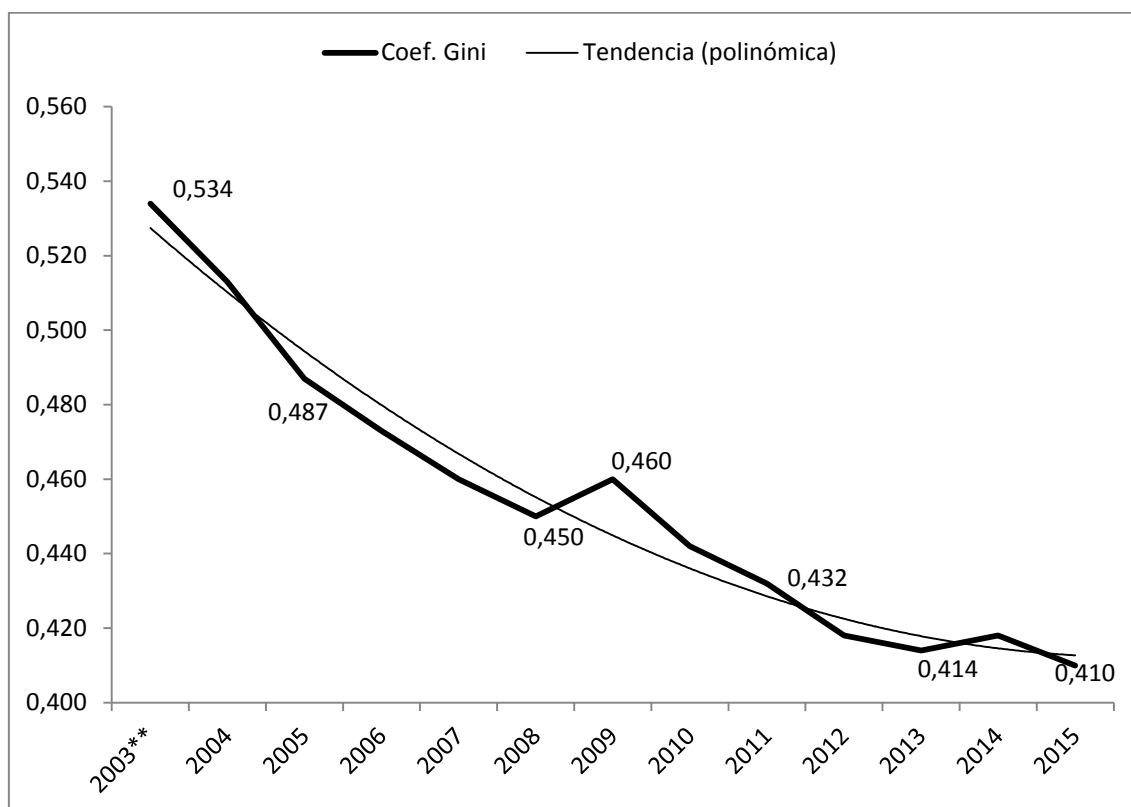
	Consumo total	Consumo Privado	Consumo Público	Exportaciones	Inversión Bruta Fija
2004	75,7	66,0	9,7	21,5	16,6
2005	75,8	65,5	10,3	20,9	18,3
2006	74,3	63,9	10,4	20,3	19,8
2007	74,1	63,3	10,8	19,8	20,2
2008	75,8	64,3	11,5	19,7	19,8
2009	79,5	66,1	13,4	17,3	17,5
2010	78,4	65,3	13,1	17,4	18,0

2011	78,7	64,7	14,0	17,6	18,5
2012	81,2	66,1	15,1	15,5	17,1
2013	81,5	65,9	15,6	14,3	17,0
2014	80,1	64,4	15,8	14,8	17,1

*La suma de los distintos componentes no da 100 dado que el consumo y la inversión involucran también bienes y servicios no producidos en el país (importados), a lo que debe sumarse la variación de existencias,

Fuente: Elaboración propia en base a Dirección de Cuentas Nacionales-INDEC.

Gráfico N° 2. Argentina. Evolución del Coeficiente de Gini* per cápita familiar, 2003-2015 (segundo trimestre)**



* El Gini es una medida de desigualdad en la cual el coeficiente es igual a cero si todas las unidades reciben lo mismo y se aproxima a 1 al incrementarse la desigualdad de la distribución.

**Dado que la nueva serie de EPH se inició en la segunda mitad de 2003, en dicho año se tomó el tercer trimestre en lugar del segundo como punto de referencia.

Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC.

La continuidad –aunque a un ritmo menor- del proceso redistributivo en un contexto de desaceleración de la acumulación de capital fue posible por la forma en que se saldó la crisis de 2001, lo cual supuso un cambio en las relaciones de fuerza entre clases y fracciones de clase. El reposicionamiento de la clase trabajadora ocupada y la menor dependencia del capital financiero permitieron un incremento en el grado de autonomía

relativa del Estado. A su vez, este proceso se fortaleció a partir de la recuperación de ciertos recursos y empresas estratégicas, como la estatización de las administradoras privadas de los fondos jubilatorios (AFJP) y la recuperación de algunas destacadas ex empresas públicas (especialmente la re-estatización del 51% de las acciones de la petrolera YPF).

De esta manera, durante los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner (CFK) (2007-2015) el Estado argentino logró el mayor grado de autonomía relativa desde el regreso de la democracia. Sin embargo, tal como el de Luis Bonaparte, el poder del Estado no flotó en el aire sino que procuró representar los intereses de una nueva “alianza populista”. Tras la crisis con las patronales agropecuarias y el cambio en el contexto internacional el gobierno encontró su principal base de sustentación entre los capitales mercadointernistas más débiles y gran parte de los sectores populares.

Es posible realizar una aproximación al mencionado vuelco más mercado internista de los gobiernos de CFK a partir de considerar el peso de los distintos componentes de la oferta y demanda agregada en el producto -y, más específicamente, del consumo y las exportaciones. Como se puede observar en el Cuadro N° 1, a partir de 2008 se da un incremento del peso del consumo sobre el producto en simultáneo con una importancia decreciente de las exportaciones. Si se desagrega el consumo según su origen (público/privado) se constata que el grueso del incremento del mismo respondió a la expansión registrada por el consumo público. Este aumento del consumo público se debió, en buena medida, a la acción contracíclica del Estado en un contexto de crisis internacional y como respuesta a la pérdida de dinamismo de la inversión privada doméstica. Este incremento del gasto permitió, a través de distintos mecanismos – subsidios, programas sociales, incremento del empleo público, etc.-, sostener un piso de crecimiento junto a una tenue redistribución del ingreso en favor de los componentes de la “alianza populista”.

Límites y contradicciones del “populismo K”

El desenvolvimiento del proceso de acumulación de capital sin un cambio estructural llevó a un agotamiento de las condiciones que posibilitaron la situación de “todos ganan”. De esta manera comenzaron a emerger tensiones no sólo entre distintas

fracciones de la clase dominante y el gobierno sino también en el interior de la propia alianza policlasista que sirvió de principal sustento social a las presidencias de CFK. Algunas manifestaciones de ello fueron el creciente rechazo de buena parte de las capas medias y otros sectores a los planes sociales, la negativa de los trabajadores mejor remunerados a pagar mayores tributos (ganancias) y las demandas de los capitales más débiles por crecientes compensaciones para poder hacer frente a la apreciación cambiaria y el incremento de costos –fundamentalmente debido a los incrementos salariales y a los altos precios de las materias primas. Esto último se tradujo en mayores medidas de protección y/o subsidios cuyo costo fue asumido por el conjunto de la sociedad, ya fuese indirectamente a través del Estado (subsidios explícitos) o de manera directa a partir de pagar precios muy superiores a los internacionales (subsidios implícitos).

En lo que respecta a las fracciones superiores de la burguesía, buena parte de las medidas de política económica tomadas por el kirchnerismo generaron roces y fricciones con miembros destacados de las mismas (primero con los acreedores externos y las privatizadas, luego con algunos grupos económicos locales y empresas extranjeras). Sin embargo, estas medidas no sirvieron para consolidar un modo de acumulación alternativo. En este sentido, es poco lo que el gobierno realmente modificó de las bases estructurales del poder económico³.

La ausencia de un cambio estructural no obedeció simplemente a un error de diagnóstico o a cierta incapacidad técnica del personal del Estado (aunque estos factores tuvieron su influencia) sino fundamentalmente a las características del bloque de clases dominante, el cual, a pesar de haberse visto desplazado temporalmente de la escena política, mantuvo casi intacto su predominio económico. Ello en la medida en que los límites que enfrenta una economía dependiente como la argentina están vinculados con

³ Hubo reestatizaciones de empresas importantes entre 2003 y 2013, como el Correo Argentino, Aysa (ex Aguas Argentinas), Aerolíneas Argentinas, las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones, YPF, Metrogas y algunas líneas férreas. En la mayoría de los casos las mismas respondieron a determinadas coyunturas críticas -en muchos casos, sobre todo en los primeros años, se trató de intervenciones que buscaron rescatar a empresas que se encontraban en una situación financiera y operativa compleja-, es decir, no formaron parte de un plan diseñado para incrementar estratégicamente la presencia del sector público en la economía (Gaggero, Schorr y Wainer, 2014). A pesar que también se hizo tratando de dar respuesta a una situación crítica (el creciente déficit energético), la reestatización parcial de YPF parece haber sido el único caso con verdadero potencial para generar un cambio más profundo en la estructura productiva local. El escaso tiempo transcurrido desde que el Estado retomó el control de la petrolera y las diversas estrategias en pugna al interior de la firma impiden elaborar conclusiones determinantes al respecto.

las posiciones adoptadas por las distintas clases y fracciones de clase. En este sentido, si bien existieron diferencias al interior de la clase dominante respecto a las medidas de política económica adoptadas, existe una coincidencia básica entre las distintas fracciones de la gran burguesía argentina en torno a la lógica de acumulación predominante, la cual refuerza un patrón de reproducción de capital dependiente.

Las empresas transnacionales adquirieron un peso central en la dinámica de acumulación en general y en la provisión de divisas en particular (ya sea por el peso de la inversión extranjera o por la vía exportadora), lo cual les otorga un importante poder de veto sobre la orientación de la política económica (Burachik, 2010; Gaggero, Schorr y Wainer, 2014; Schorr y Wainer, 2014b). La pasividad con la que se insertó la Argentina en la economía globalizada le terminó otorgando a estas firmas importantes grados de libertad para aprovechar las ventajas comparativas derivadas de los recursos naturales y de ciertos ámbitos de acumulación de la economía local favorecidos por las políticas públicas.

Los que mejor aprovecharon estas condiciones fueron los grandes exportadores, que en su mayoría se basan en el aprovechamiento de las ventajas comparativas derivadas de los recursos naturales y/o institucionales de privilegio (como las terminales automotrices)⁴. Estos actores tienen un rol destacado en la definición del patrón de acumulación y en la provisión de divisas, lo que les permite poner límites objetivos al accionar del Estado en relación a la distribución de la renta y/o las regulaciones sobre el comercio exterior. Si bien dichos actores son en su mayoría de origen extranjero, también se incluyen entre ellos algunos grupos económicos locales tradicionales. Sin embargo, las diferencias en el origen del capital no implican divergencias en lo que hace al patrón de especialización de la economía doméstica.

En efecto, la supuesta “burguesía nacional” no parece estar dispuesta -ni en condiciones- de llevar adelante un proyecto de país distinto al que surge de la pasiva inserción de la Argentina en la división del trabajo a escala mundial. Esto se debe a que la mayor parte de las empresas nacionales no han logrado competir en igualdad de

⁴ A diferencia de la casi totalidad de los restantes sectores de la industria, en el marco del MERCOSUR la producción automotriz gozó de un régimen especial de promoción y protección durante todo el decenio de 1990, el cual se mantuvo prácticamente inalterado durante la posconvertibilidad (incluso fue reforzado en ciertos ejes). Al respecto véase Azpiazu y Schorr (2010), González y Manzanelli (2012) y Kosacoff (1999).

condiciones con las firmas transnacionales excepto en los mencionados casos en los que se basan en la explotación de ventajas comparativas naturales. Obviamente, en este caso no tendrían interés alguno en modificar el perfil de inserción internacional del país dado que justamente se benefician del existente. En tanto, el resto del capital nativo se reparte entre los que llevan adelante tareas complementarias al capital extranjero, generalmente con tecnologías obsoletas y sustentados en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, otros que encuentran refugio en actividades que no dependen de la utilización de tecnología de punta y en las cuales las diferencias de productividad suelen ser menores (como en el sector comercial), o bien en sectores que se encuentran por fuera de la competencia intercapitalista (en general se trata de actividades reguladas por el Estado como servicios públicos, licencias para actividades como juegos de azar, obras públicas, etc.). El correlato final de esta situación es la subordinación, no exenta de conflictos puntuales, del capital nacional a la lógica reproductiva del capital extranjero.

Otro factor de coincidencia entre las distintas fracciones superiores de la burguesía argentina es su propensión, mediante diversos mecanismos, a remitir una parte considerable del excedente obtenido localmente al exterior. Mientras que las empresas transnacionales suelen recurrir principalmente –aunque no exclusivamente– a la remisión de utilidades y los denominados “precios de transferencia”, entre los grupos económicos locales predomina la fuga de capitales. Pero no sólo las empresas transnacionales y los grupos económicos contribuyen a la salida de capitales al exterior. A ello se le suma que las exportaciones dependen en buena medida de medios de producción (tierra) que apropian renta, con lo cual una proporción considerable del excedente generado en la actividad agropecuaria no es reinvertido en la esfera productiva. En la medida en que la moneda doméstica no constituye una reserva de valor, y en un contexto de tasa de interés real baja o negativa, esta masa de renta tiende a impulsar la demanda de divisas por parte de los propietarios de la tierra para su fuga posterior.

En síntesis, la burguesía argentina no parece tener interés en impulsar un cambio estructural en la economía. La precaria conducción del bloque en el poder que alcanzó una fracción del gran capital productivo tras la crisis de 2001 fue diluyéndose hacia el final de dicha década en la medida en que se fueron agotando las condiciones macroeconómicas (la “macro sana”) que habían posibilitado las altas tasas de

crecimiento (particularmente del sector industrial) junto a una mejora significativa de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Fue allí cuando comenzó el vuelco más “populista” del kirchnerismo, con un anclaje social y político en una alianza entre las fracciones más débiles de la burguesía local y buena parte de los sectores populares.

Este giro le permitió al Estado ganar una mayor autonomía relativa –que ya venía en ascenso a partir del *default* de la deuda y la recuperación del manejo de la política cambiaria y monetaria. Sin embargo, la misma terminó siendo limitada y condicionada por la ausencia de transformaciones de fondo en la estructura productiva y de propiedad del capital concentrado local. Ello se pudo observar, por ejemplo, en el creciente deterioro del resultado en Cuenta Corriente, en tanto este generó las condiciones para un reposicionamiento de la burguesía agroexportadora y, sobre todo, del capital financiero, en tanto ambos se constituyeron como principales proveedores de divisas.

Estos cambios en las relaciones de fuerzas no terminaron de consolidarse durante los últimos años del segundo gobierno de CFK gracias a las abultadas reservas internacionales acumuladas en el ciclo previo y al establecimiento de acuerdos financieros y de inversión con algunas potencias emergentes como China y –en menor medida- Rusia. Si bien estas estrategias de corto plazo alcanzaron para que el kirchnerismo lograra culminar su “ciclo político” en un marco relativamente tranquilo, dejaron intactos los problemas estructurales que aquejan a la economía argentina.

¿Del populismo a la “macro sana”?

La victoria de Mauricio Macri en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en noviembre de 2015 parece haber puesto fin al “ciclo populista”. Si bien aún es insuficiente el tiempo transcurrido para establecer alguna afirmación concluyente sobre ello, el efecto social regresivo en de las medidas adoptadas es un innegable (Cantamutto y Schorr, 2016). Pareciera que el cambio de gobierno va acompañado de un intento por reposicionarse políticamente de las dos fracciones económicamente más poderosas de la burguesía argentina: el capital financiero y las empresas transnacionales. El origen de

los funcionarios seleccionados para los altos cargos⁵ y las primeras medidas económicas tomadas por el nuevo gobierno, como la eliminación de la mayor parte de los controles a la cuenta capital, la unificación (devaluación) del tipo de cambio, la reducción o eliminación de las retenciones a las exportaciones, el incremento de tarifas de los servicios públicos, los despidos masivos dentro del sector público, la liberalización del sector financiero local, el “regreso” al FMI, el acuerdo con los “holdouts” y el nuevo ciclo de endeudamiento externo, entre otras, parecen apuntar en este sentido.

Con el gobierno de la alianza Cambiemos pareciera que el Estado intenta reacomodarse en su rol de “organizador” de las fracciones de la clase dominante. Al respecto, pareciera configurarse una especie de “nueva alianza ofensiva” entre el capital financiero y las fracciones superiores del capital productivo (mayormente empresas transnacionales y grandes exportadores), aunque la misma no está exenta de tensiones internas⁶. Habrá que ver si el Estado macrista será capaz de procesar las contradicciones que puedan emerger entre las distintas fracciones burguesas y entre el conjunto de estas y las clases subalternas para dar lugar a una dominación de clase estable y coherente.

De cierta manera, la victoria de un proyecto más regresivo en términos sociales como el que lleva adelante el gobierno de Cambiemos puede ser pensado como un reajuste de la política a la economía, o bien, como los límites que exhibe la política cuando no produce un cambio sustantivo en las relaciones de poder y de clase. Si bien el kirchnerismo logró relanzar la acumulación de capital tras la debacle de la Convertibilidad, la ausencia de un cambio estructural -en tanto no se trastocaron en lo sustancial las bases económicas del bloque en el poder- terminó poniendo un límite infranqueable a la autonomía relativa del Estado.

Las limitaciones que exhibe una economía dependiente como la argentina para avanzar en procesos sostenidos de desarrollo e inclusivos encuentran su génesis en los intereses de su clase dominante, la cual ha demostrado no estar dispuesta a traspasar ciertos umbrales en términos de distribución del ingreso. Desde este punto de vista, aunque

⁵ Sobre la procedencia intelectual y profesional de los principales funcionarios del nuevo gobierno consultar CIFRA/FLACSO (2016).

⁶ Algunas de dichas tensiones pueden vislumbrarse en torno al nivel del tipo de cambio, dado que tanto al capital financiero como las empresas transnacionales orientadas al mercado interno les conviene un dólar no demasiado “alto” y estable, de modo de preservar sus activos y poder remitir utilidades, en tanto a los exportadores les resulta más conveniente un tipo de cambio más devaluado para acrecentar sus ingresos en moneda local.

ciertamente tuvo un alcance limitado, el “populismo K” parece haber ido más allá de lo tolerable por la clase dominante local. Las necesidades políticas del kirchnerismo terminaron impulsando una política económica (y social) que se tornó inconsistente con las tendencias dominantes del modo de acumulación pero que, a su vez, fue incapaz de transformarlo sustantivamente.

Referencias bibliográficas

Arceo, Enrique (2011): *El largo camino a la crisis. Centro, periferia y transformaciones en la economía mundial*, Buenos Aires: Cara o Ceca.

Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín (2010). *Hecho en Argentina. Industria y economía, 1976-2001*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Basualdo, Eduardo (2011). *Sistema político y modelo de acumulación*, Buenos Aires: Cara o Ceca.

Basualdo, F, Barrera, M. y Basualdo, E. (2013): *Las producciones primarias en la Argentina reciente. Minería, petróleo y agro pampeano*, Buenos Aires: Cara o Ceca.

Belloni, Paula y Wainer, Andrés (2012). La Argentina en la posconvertibilidad: ¿Un nuevo modelo de desarrollo?. Un análisis a partir de los cambios y las continuidades en el intercambio comercial. *Documento de Trabajo*, N° 23, Área de Economía y Tecnología de la FLACSO-Sede Argentina.

Burachik, Gustavo (2010): “Extranjerización de grandes empresas en Argentina”, en *Problemas del Desarrollo*, N° 160, México.

Cantamutto, Francisco y Schorr, Martín (2016): “El gobierno de Macri: ajuste regresivo, nuevo ciclo de endeudamiento externo y cuantiosas transferencias de ingresos al poder económico”, en *Anuario EDI: ¿A dónde va la economía del gobierno de Macri*, disponible en <http://rosaluxspba.org/es/tag/anuario-edi/>

Cantamutto, Francisco y Wainer, Andrés (2013): *Economía política de la Convertibilidad. Disputa de intereses y cambio de régimen*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

CEPAL (2012). *Cambio estructural para la igualdad. Una visión integrada del desarrollo*, Santiago de Chile.

CIFRA / FLACSO (2016). La naturaleza política y económica de la alianza Cambiemos, *Documento de Trabajo*, N° 15, Buenos Aires.

Félix, Mariano y López, Emiliano (2010). La dinámica del capitalismo periférico postneoliberal-neodesarrollista. Contradicciones, barreras y límites de la nueva forma de desarrollo en Argentina. En *Revista Herramienta*, N° 45, Buenos Aires.

Fernández Bugna, Cecilia y Porta, Fernando (2008): El crecimiento reciente de la industria argentina. Nuevo régimen sin cambio estructural. En *Realidad Económica*, N° 233, Buenos Aires.

Gaggero, Alejandro, Schorr, Martín y Wainer, Andrés (2014). *Restricción eterna. El poder económico durante el kirchnerismo*, Buenos Aires: Futuro Anterior.

Giarraca, Norma y Teubal, Miguel (2011). *Del paro agrario a las elecciones de 2009-Tramas, reflexiones y debates*. Buenos Aires: Antropofagia.

Katz, Jorge y Bernat, Gonzalo (2013). Interacciones entre la macro y la micro en la post convertibilidad: dinámica industrial y restricción externa. En *Desarrollo Económico*, N° 207-208, Buenos Aires.

Piva, Adrián (2015). *Economía y política en la Argentina kirchnerista*, Buenos Aires: Batalla de Ideas.

Porcelli, Lucas y Schorr, Martín (2014). La industria electrónica de consumo en Tierra del Fuego. Régimen promocional, perfil de especialización y alternativas de desarrollo sectorial en la posconvertibilidad. Documento de Investigación, N° 26, IDAES-UNSAM.

Santarcángelo, Juan (2013). Crecimiento industrial, sector externo y sustitución de importaciones. En *Realidad Económica*, N° 279, Buenos Aires.

Schorr, Martín (comp.) (2013). *Argentina en la posconvertibilidad: ¿desarrollo o crecimiento industrial? Estudios de economía política*, Buenos Aires: Miño y Dávila.

Schorr, Martín (2004). *Industria y nación. Poder económico, neoliberalismo y alternativas de reindustrialización en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Edhasa.

Schorr, Martín y Wainer, Andrés (2013). Inserción de la industria argentina en el mercado mundial: perfil de especialización según densidad tecnológica de los productos. En Schorr, M. (comp.). *Argentina en la posconvertibilidad: ¿desarrollo o crecimiento industrial? Estudios de economía política*, Buenos Aires: Miño y Dávila.

Schorr, M. y Wainer, A. (2014a): La economía argentina en la posconvertibilidad: problemas estructurales y restricción externa. En *Realidad Económica*, N° 286, Buenos Aires.

Schorr, M. y Wainer, A. (2014b): “Concentración y extranjerización del capital en la Argentina reciente. ¿Mayor autonomía nacional o incremento de la dependencia?”, en *Latin American Research Review*, vol. 49, N° 3, Pittsburgh, EE.UU.

Varesi, Gastón (2011). Argentina 2002-2011: neodesarrollismo y radicalización progresista. En *Realidad Económica*, N° 264, Buenos Aires.

Wainer, Andrés (2013). Cambios en el bloque en el poder a partir del abandono de la Convertibilidad. ¿Una nueva hegemonía?. En Griguera, J. (comp.). *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Wainer, Andrés (2011). Inserción argentina en el comercio mundial. De la restricción externa al desarrollo económico. En *Realidad Económica*, N° 264, Buenos Aires.